

EVOLUCION IDEOLOGICA DE LA PRENSA MEDICA EN CATALUÑA EN EL SIGLO XIX *

Dr. JOSÉ M^º CALBET CAMARASA

(de Barcelona)

ENTENDEMOS por periódico médico, a toda aquella publicación o revista que bajo un mismo título y orientación ideológica, tenga una aparición pública, regular o no, pero siempre inferior al año, y trate de materia médica y de toda suerte de conocimientos relacionados con la Medicina, debiendo estar impresa y editada en el país y con los ejemplares numerados y fechados.

Misión de la prensa médica

La revista médica ocupa un lugar intermedio entre la prensa diaria y el libro. La primera puede ser hojeada y el segundo puede ser consultado. En cambio, la revista médica tiene que ser leída. Aunque un cierto grado de información pueda aceptarse, la misión de la prensa médica no es la de informar, sino la de *formar*. Esta

es una de sus características fundamentales. Por lo tanto, se hace imprescindible que sus artículos tengan siempre un carácter didáctico, con lenguaje claro y sencillo, sin pedantismos ni ampulósidades. Y sobre todo que los trabajos sean originales, procurando establecer siempre una conclusión. Un artículo que tenga una buena disposición en cuanto a exposición e ilación de los hechos y que denote una paciente labor investigadora, si no llega a una conclusión, no merece ser recogido. En cuanto a la bibliografía, que no ha de faltar nunca, debe consignarse siempre la página del libro o revista consultados, debiendo proscribirse las bibliografías en donde sólo se cita el autor o el título de un libro o trabajo.

En relación a la regularidad de aparición, opinamos que precisamente porque tiene que ser leída, la óptima es la mensual, pudiendo-

(*) Conferencia extraordinaria pronunciada en la Sesión del día 25-IV-68. Organizada por el Seminario de Historia de la Medicina. Autor invitado y presentado por el Académico Numerario profesor Manuel Usandizaga.

se aceptar en casos extremos la quincenal.

El ideal sería que la prensa médica se sacudiera la sombra que pesa sobre ella de los trusts económicos. Han existido muchas revistas supeditadas ideológicamente a los intereses de determinados laboratorios. Los anuncios fueron tímidos al principio, pero escandalosos y casi intolerables luego. Para evitar esta corrupción, habría que huir de las revistas gratuitas.

Orígenes de la prensa médica

Si nos preguntásemos la razón por la que aparecieron los periódicos médicos, tendríamos que aducir una serie de concausas, de las que las más importantes son:

1. Mejoras de la técnica tipográfica.
2. Establecimiento de la libertad científica y de investigación.
3. Fundación de las Academias científicas, y
4. Mejoramiento de las comunicaciones postales y terrestres.

El primer periódico médico nace en Francia el año 1631 al abrigo de todas estas circunstancias, siendo el primer médico periodista Teofrasto Renaudot.

Después de Francia, aparecieron periódicos médicos en Inglaterra, Italia, Bélgica...

En España, el primero fue «Efe-mérides barométricas matritenses», publicado en Madrid el año 1734, mientras en 1763 aparecía en

Barcelona la «Biblioteca periódica» de F.º Puig y Parea, que ha de ser considerado, cronológicamente como el primer periódico médico de Cataluña.

Posteriormente aparecerían periódicos médicos en otros países como Grecia, Rumania, Canadá...

Desde Elías de Molins se había dicho que el «Semestre médico-clínico» había sido la primera revista médica aparecida en Cataluña. Pero ni Elías de Molins ni los diversos autores que copian sus palabras, habían visto dicha revista, según confiesan ellos mismos. Pues bien, recientemente hemos tenido la suerte de encontrar entre un montón de libros tirados en el suelo de una biblioteca universitaria barcelonesa, el «Suplemento al Semestre médico-clínico», el cual lleva en el final de sus páginas un índice común para el «Suplemento» y para el «Semestre médico-clínico», lo cual nos inclina a creer que uno y otro no se editarían en un tiempo muy distanciado entre sí. Por materias, nombres y otros detalles, se puede situar al «Suplemento» como editado en 1803, mientras que suponemos que el «Semestre médico-clínico» se publicaría en 1802.

Clasificación de la prensa médica en Cataluña

Haciendo una división artificiosa en la historia de la prensa médica en Cataluña, y situando esta divi-

sión o jalón en 1900, vemos que con anterioridad a esta fecha se publicaron 160 títulos distintos de revistas médicas, mientras que de 1900 a 1939 nos encontramos con 229 nuevos títulos, lo que hace un total de 389 revistas, que representan más del 40 % de las aparecidas en toda España.

Claro está que algunas de ellas se publicaron poco tiempo. Incluso de algunas, como «El Laborioso», se editó un solo número. La de más larga duración fue la «Gaceta Médica Catalana», que se publicó quincenalmente desde 1881 hasta 1921.

La inmensa mayoría de las revistas aparecieron en Barcelona, pero fueron también notables las aparecidas en las tres restantes capitales de provincia, e incluso las de Reus, Tortosa, Vilasar de Mar, Vic, Montcada...

En cuanto a la lengua empleada, la mayoría de nuestra prensa médica utilizó, durante el siglo XIX la castellana. Una, el francés: «Veritas» (1868), y otra trilingüe (castellano-francés-italiano): «Archivos internacionales de Laringología» (1890). En 1898 aparecía «La Gynecologia catalana» («primera revista mèdica escrita en llengua catalana»), dirigida por el Dr. Queraltó. Poco después lo hacían las revistas bilingües (castellano-catalán): «Revista científica y profesional» (1898) y «Cataluña médica» (1899). Sin contar las revistas bilingües, que abundarían con pos-

terioridad a las citadas, las revistas escritas exclusivamente en lengua catalana representan el 15 % del total de las publicadas hasta 1939.

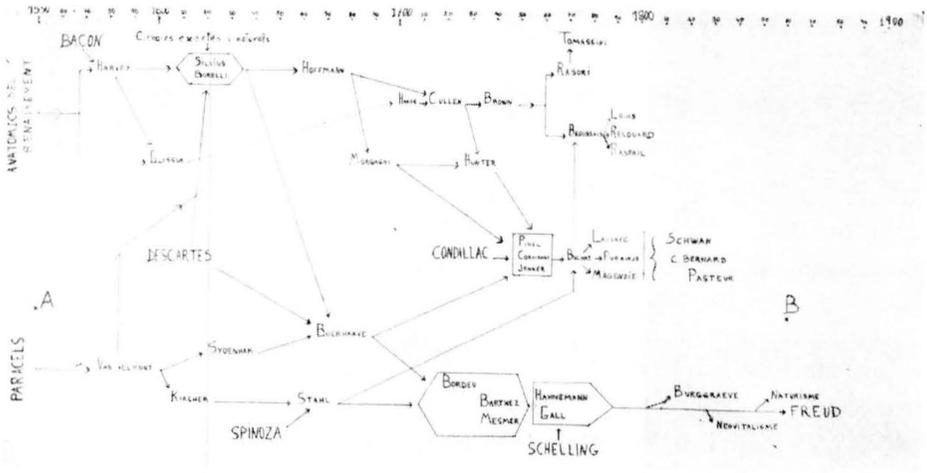
De todas las posibles clasificaciones para facilitar el estudio de tan crecido número de revistas, y circunscribiéndonos a las publicadas hasta 1900, las hemos agrupado según su orientación ideológica, en los siguientes apartados:

1. Prensa médico-científica.
2. » » -profesional.
3. » » -social.
4. » frenológica.
5. » homeopática.
6. » dosimétrica.
7. » médico-católica.
8. » » -naturista.
9. » farmacéutica.

Prensa médico-científica

Dentro de este apartado hemos incluido aquellas revistas que pertenecieron a alguna ideología, doctrina o sistema médico de las que tan prolífico estuvo el siglo XIX.

Se hace aquí imprescindible dar un cuadro sinóptico, a guisa de recuerdo histórico, de la evolución del pensamiento médico en Cataluña. Y como que, en realidad, científicamente éramos una provincia intelectual de Europa, hemos de hacer referencia a la situación ideológica de la misma en el siglo XIX.



La inicial de cada nombre corresponde con cierta aproximación, a la fecha de nacimiento.

En el cuadro sinóptico vemos que, trazando una línea imaginaria que una los puntos A y B, quedan deslindados dos grandes grupos ideológicos de la Medicina.

Dentro de cada grupo existen una serie de escuelas que, actuando como fuerzas, nos dan dos re-

sultantes, una para cada grupo. Entre las dos resultantes existen acusadas diferencias, tanto del orden científico como del social, que se ponen en evidencia cuando se estudian las *tendencias* de cada una, sin olvidar, sin embargo, las importantes interrelaciones mutuas.

GRUPO SUPERIOR

- Cultura anglofrancesa.
- Filosofía materialista
- Buscan el «órgano» enfermo.
- La enfermedad está localizada.
- Investigan las causas de las enfermedades.
- Cultivan la Fisiología y la Anatomía Patológica.
- Pretenden hacer una profilaxis sanitaria.
- Son investigadores.
- No aceptan la «vis naturae medicatrix».
- Se preocupan de la colectividad.
- Creen en la Medicina como *Ciencia*.
- Independizan a la Medicina de la Filosofía.

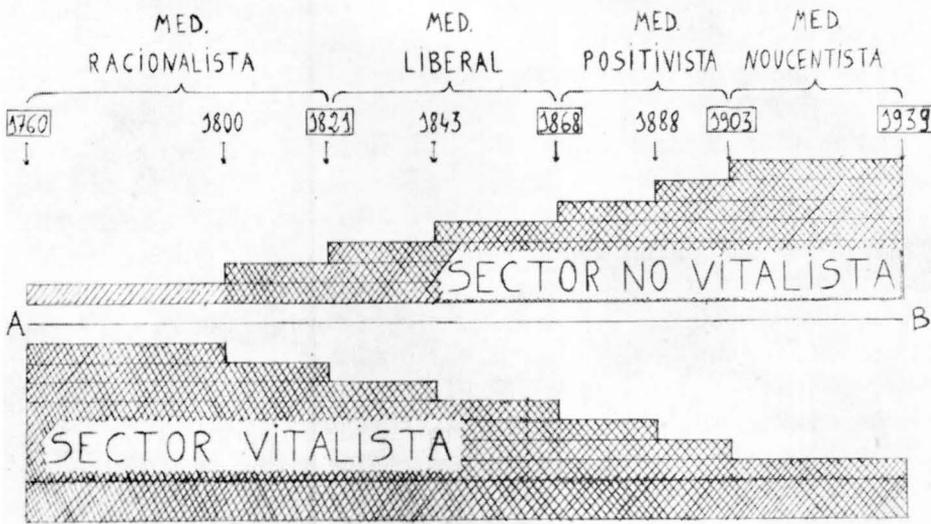
GRUPO INFERIOR

- Cultura germánica.
- Filosofía espiritualista.
- Analizan el «hombre» enfermo.
- La enfermedad está generalizada.
- Atienden a los síntomas de las enfermedades.
- Cultivan exclusivamente la Clínica (la práctica).
- Se limitan a curar.
- Son empiricos.
- Aceptan la «vis naturae medicatrix».
- Se preocupan sólo del individuo.
- Creen en la Medicina como *Arte*.
- Estudian a la Medicina dentro de la Filosofía.

Al grupo inferior pertenecían aquellos que afirmaban que no existían las enfermedades, sino los *enfermos*, lo que dicho de otro modo quiere decir que no existe la medicina, sino los médicos. Y a lo máximo que llegaban era a clasificar las enfermedades según su eclosión y duración en agudas y crónicas (no una división según su etiología o sistema o tejidos afectados).

No es lugar, ni ocasión, para hablar detalladamente de cada una de las diversas doctrinas encuadradas en nuestro esquema: iatromecánicos, iatroquímicos, solidistas, brownianos, contraestimulistas, broussistas, animistas, vitalistas.

Sólo diremos que los más influyentes en nuestra medicina fueron los del grupo inferior, y los del otro grupo aberrante (superior) post-browniano.



En la parte superior de la línea AB se refleja la cada vez mayor ascendencia en la prensa médica catalana de las escuelas organicistas, mientras que en la inferior se observa una evolución en sentido contrario de las vitalistas.

Cronológicamente, en Cataluña se pueden distinguir varias etapas evolutivas en la prensa médico-científica.

Con la creación del Real Colegio de Cirugía de Barcelona (1760) y la casi coetánea aparición de la primera revista médica en Cataluña,

nace una nueva época en la Historia de la Medicina Catalana. Esta época o período abarca hasta el año 1821. En este tiempo se desarrollaría la medicina racionalista, que corresponde con el nacimiento de la industrialización en Cataluña y la aparición de una élite inte-

lectual de ideología afín a la burguesa que haría de la Razón norte y guía de todas sus inquietudes. Sobre nuestros médicos pesa la influencia de la Enciclopedia, y su pensamiento se basaría en la lógica del hecho vivido. Del hecho aislado, no de un proceso. De todas formas el paso es importante, pues por vez primera se huye de la mecánica memorística y empírica. En estas condiciones la primera y más directa beneficiaria sería la Cirugía. Dentro de esta época hay que señalar una fecha importante: 1800. En este año se introduce en Cataluña la vacuna antivariólica. El hecho es importante porque significa pasar de una medicina meramente reactiva y pasiva, es decir, una medicina curativa, a otra activa y dinámica: la medicina preventiva. Desde entonces, se iría acentuando la polarización de la atención médica en la salud, y no en el enfermo.

Este período no obstante, es de neta predominancia boerhaaviana y de las escuelas médicas espiritualistas.

En cuanto a la terapéutica, juegan un gran papel los remedios naturales que proporciona la Botánica, la cual, según opinión general de la época, servía a la medicina como su gran finalidad, y a la agricultura en menor proporción. Y así no es de extrañar que nuestro Jardín Botánico fuera dividido en tres secciones: a) Historia natural; b) Medicina, y c) Agricultura.

Dentro de este período citemos como revistas más representativas:

- 1) Las brownianas: «Suplemento al Semestre médico-clínico» (1803), y la «Correspondencia literario-médica» (1804), ambas de Mitjavila y Fisonell.
- 2) Las boerhaavianas: «Memorias de la Real Academia Médico-Práctica» (1798), y «Memorias de Agricultura y Artes» (1815).

Digamos de paso que las influencias de Boerhaave se hacen sentir sobre todo en Salvá y Campillo y en el discípulo de éste: Félix Janer (uno de los primeros teóricos de la homeopatía catalana). También Boerhaave influiría, a través de Stoll, sobre Piguillem, en los escritos del cual también se manifiestan, vigorosos, los pensamientos de Brown. Brown influiría notablemente en la obra de Llacayo, discípulo de Piguillem.

El *segundo período* comprende desde el Trienio Constitucional hasta la Revolución de 1868, durante el que se desarrolla la medicina liberal catalana (Ribot y Fontseré; Mata; Monlau; Salarich; Juanich; Font y Mosella; Mendoza;...). La mayoría de tendencias políticas liberales.

Se trata de una medicina que acentuaría considerablemente su preocupación por la Higiene Pública y lucharía por soslayar o disminuir las influencias de las escuelas espiritualistas y edificaría una nueva medicina fundamentada en,

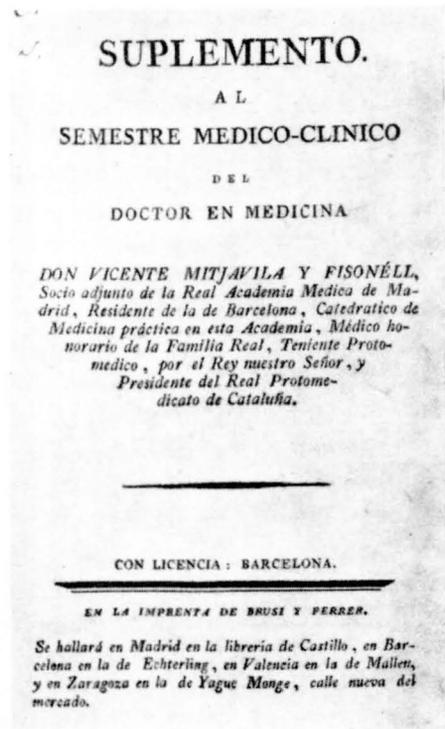
las ciencias naturales y exactas.

En cuanto a la terapéutica, fueron decididos partidarios de los nuevos productos que surgían de la Química, abandonando paulatinamente los que proporcionaba la Botánica.

Este segundo período queda subdividido en dos etapas con la desaparición de la Universidad de Cervera y la reestructuración de la enseñanza médica que tuvo lugar en los años 1842 y 1843. Precisamente a partir de estas últimas fechas el aire oxigenado que se introduciría en nuestra medicina fructificaría con la aparición de una serie de nuevas revistas, cuya trascendencia ideológica no es posible soslayar. Así tenemos al «Repertorio médico-farmacéutico de Barcelona» (1843); «Revista médico-farmacéutica» (1844); «Revista científica de Medicina» (1845); «Medicina y Cirugía prácticas» (1845); «La Abeja médico-española» (1846).

La primera revista del período liberal de nuestra medicina es el «Periódico de la Sociedad de Salud Pública de Cataluña» (1821), dentro del cual se crea una sección: «Higiene pública y química», que es un título tan expresivo que del mismo ya puede presuponerse el camino ideológico que pretendían seguir. Esta revista se propuso construir una topografía médica de Cataluña, para la que sería necesario conocer la mineralogía, la flora, la fauna, la salubridad y la

economía del país. Es decir, conocer todo el ambiente del pre-enfermo. También se proponía hacer una estadística de las enfermedades más frecuentes para analizar su relación con la edad, sexo, estado y zonas geográficas, y para cuya confección deseaban contar con la colaboración de todos los médicos catalanes.



Los responsables de la revista afirmarían que en el mecanismo de la muerte lo primero era el *síncope* (muerte del corazón) y luego la *apoplejía* (muerte del cerebro), lo cual en aquellos tiempos equivalía a considerar la primacía de las le-

siones orgánicas sobre las vitales.

Esta revista mantuvo una viva polémica con los médicos franceses con motivo de la fiebre amarilla declarada en Barcelona. Los médicos franceses opinaban que la enfermedad era de procedencia extranjera (exótica) y contagiosa. Nuestros médicos, en cambio, la consideraban indígena e infecciosa, es decir, no contagiosa. En el fondo, más que una discusión científica, se trataba de una discusión política. Con la tesis francesa, quedaba justificado un *cordón sanitario* en la frontera, que dificultaba con sus cuarentenas el comercio internacional catalán. Pero además existía el peligro de que este cordón sanitario se transformara en *militar*, lo cual constituiría un peligro para la continuidad de los constitucionalistas españoles. De hecho, el cordón militar que se fue formando lentamente, se transformó en los 100.000 Hijos de San Luis. En cambio, los médicos militares catalanes estaban más próximos a la tesis francesa. Las iras populares se desencadenarían contra Bahí y Fonseca, jefe médico del Hospital Militar. Le rompieron los cristales de su casa, pasearon injuriosamente su figura por las calles de Barcelona, y para salvar su vida tuvo que abandonar la ciudad. Con la entrada de este ejército y los médicos franceses que le acompañaban, se divulgaron entre nosotros las doctrinas de Broussais, las cuales arraigaron profunda y larga-

mente entre nuestros médicos. «Las doctrinas de Broussais están aún vigentes, más de lo que se cree por eruditos campeones de la ciencia nueva. Fuera de Barcelona, tratándose de enfermos que radican en Cataluña, las doctrinas médicas antitéticas al abuso y al buen uso de los antiflogísticos están aún en embrión» (2), se decía en 1876.



Pedro Felipe Monlan

En esta etapa encontramos las siguientes revistas:

- 1) Broussenianas y boerhaavianas: «Diario general de las Ciencias médicas» (1826), y «El Telégrafo médico» (1847).

- 2) Rasorianas: Sección médica de «El Europeo». (El contraestimulismo fue introducido en Cataluña por los carbonarios.)
- 3) Raspailiana: «Revista elemental de Medicina y Farmacia» (1847).
- 4) Del núcleo positivista francés. De escasa ascendencia en nuestra prensa. Sólo un breve intento de emulación, como honrosa excepción, hay que citar: «Anales de nuevos descubrimientos» (1828). Importante, pero de muy escasa duración.
- 5) Neovitalistas. «Archivos de la Medicina Española» (1868), de Letamendi, que dejarían de publicarse con la Revolución.

Vemos, pues, que en este período las escuelas vitalistas y afines siguen teniendo una gran ascendencia. Y muy poca la escuela materialista. Posiblemente el más conocido representante en esta etapa y años posteriores, de la actitud ideológica de nuestra medicina mayoritaria, fue Letamendi. Pero no, como se ha dicho, ni el único ni el último. Se enfrentaría con intenso vigor contra el positivismo médico catalán, y en el momento en que éste iniciaba el estudio científico médico por tejidos, órganos, sistemas, con un criterio netamente organicista, Letamendi surgió con una famosa frase: «Señores, la célula se va», y estructuró su doctrina *individualista* en la que la unidad sería el hombre. Nadie podrá discutirle sus preferencias por esta

unidad, ni aun en el caso de que lo hiciera por simple deseo de notoriedad. Sin embargo, esta nueva unidad letamendiana sería de un orden convencional, simple elucubración. Ahora bien, en Medicina y ciencias experimentales, basar las únicas fuentes de conocimiento a una idea, a un axioma dado *a priori*, y por tanto no demostrado, es invertir el método para llegar al conocimiento de la verdad. Este fue uno de los numerosos errores



Dr. D. Joan Giné y Partagás

de Letamendi. Afortunadamente, presintió su derrota, y después de varios intentos logró su sueño: dejar la Universidad catalana por la Central.

La *tercera etapa* comienza con la revolución de 1868 y termina

en 1903. Queda subdividida en dos períodos por el Congreso de Ciencias Médicas de 1888, de gran trascendencia para la medicina catalana, pues inclina, por vez primera, en favor de las escuelas médicas organicistas, la pugna mantenida con las escuelas vitalistas.

En esta etapa se desarrolla la medicina *positivista* catalana que aplicaría como fuente de conocimientos, el método baconiano, y matizaría la importancia de la Química en Medicina. Valorizaría en cambio el estudio de la Anatomía Patológica y la Fisiología. Y aceptaría las teorías panspermianas.

La primera revista positivista fue «El Compilador médico» (1865), sobre todo a partir de la Revolución de 1868 (de enorme importancia en Medicina). Precisamente a partir de este hito político, habría una división en el seno de esta revista. Los partidarios de la enseñanza libre (Giné, Robert, Valentí), se separarían de la redacción; dejarían de ser «compiladores» e intentarían dar un nuevo rumbo a la medicina desde «La Independencia Médica» (1869). Dentro del surco trazado por esta revista encontramos a la «Gaceta Médica de Cataluña» (1878) que estuvo co-dirigida por el andaluz y gran maestro de periodistas médicos Rodríguez Méndez, el cual sostenía un criterio no catalanizador de la medicina (criterio que quería imponerle un grupo de la redacción). Las

discordias surgidas por este motivo las resolvería Rodríguez Méndez creando una nueva revista: «Gaceta Médica Catalana» (1881), en donde su ascendencia fue decisiva.



Dr. D. Rafael Rodríguez Méndez

En esta etapa continúan con más o menos fidelidad la tradición vitalista catalana: «Enciclopedia Médico-Farmacéutica» (1877), «Boletín de Hidroterapia» (1885), «La Enciclopedia» (1888), «Boletín de Medicina Clínica» (1897).

Quisiéramos dedicar aquí un recuerdo al médico más significativo de nuestra medicina positivista y uno de los de mayor trascendencia científica de todo el siglo XIX: Juan

Giné y Partagás. Autodidacta genial y como el mismo aseguraba, «hijo de sí mismo» (3), más que como innovador, hay que considerarlo como aclimatizador en nuestro país de los conocimientos positivistas de la medicina europea. Decía un cronista médico de la época, que «su personalidad docente viene a iluminar, hoy, como meteoro luminoso, el horizonte plomizo de nuestra Facultad» (4), y otros afirmarían que era «el apóstol científico más entusiasta, menos veleidoso y más enciclopédico de nuestros tiempos. A él principalmente se debe la revolución hecha, aquí, en los conocimientos médicos de toda suerte» (5). «El más activo, el más trabajador, el más 'revolucionario' de los profesores de esta escuela» (6). Giné fue el introductor de la antisepsia en Cataluña (7) y un acérrimo partidario de la mujer como médico, siendo la primera licenciada y doctora de Cataluña una de sus alumnas, Dolores Aleu y Riera (8), a la que apoyó constantemente, así como a su compañera María Elena Masseras. (La primera mujer médico no fue pues, como erróneamente se ha dicho, Martina Castells Ballespí.) Bajo la protección de Giné, sus alumnos fundaron «El Laboratorio», donde poder experimentar algunos hechos biológicos, en la calle Riera Baja núm. 12, que más tarde se transformaría en la «Academia de Ciencias Médicas de Cataluña» (9). Con sus alumnos fun-

dó también la «Sociedad de Emulación para los estudios anatómicos» que el 21 de enero de 1866 se transformaría en lo que Letamendi bautizó, cuando ya estaba creado, con el nombre de «Instituto Médico de Barcelona» (10), que sería el primer ensayo serio de crear una Facultad de Medicina libre. Junto con su alumno Comas Llabería, introdujo en Cataluña la Radiología (11).

Fiel a su antivitalismo, se introdujo en el campo de la Psiquiatría, donde se habían refugiado los vitalistas, y allí llevó sus criterios organicistas, publicando sus ideas en la «Revista Frenopática Barcelonesa» (1881), por él fundada y dirigida. Impulsó notablemente la Dermatología. Y a Giné se debe la construcción del nuevo Hospital y Facultad de Medicina de Barcelona. Desde inmediatamente después de la revolución de 1868, inició su campaña desde la «Independencia Médica» para el logro de una nueva Facultad. Lo hizo siempre con vehemencia y decisión. Y entusiasmo ir siguiendo sus artículos, en los que alternan la ilusión y la decepción. Giné no vería funcionar su sueño. Falleció el 27-II-1903. Con su desaparición (y la de Robert, Ronquillo y otros) concluye una etapa en la historia de la Medicina catalana. Entonces se iniciaría otra, que abarca hasta el año 1939: la medicina «noucentista». Sería una medicina que llevaría el método baconiano a sus últimas consecuencias. A la obser-

vación provocada, a la interrogación sistemática. En una palabra: a la investigación. En este último período las escuelas vitalistas verían notablemente mermadas sus posibilidades.

La prensa médico profesional

Bajo este concepto estudiamos aquellas revistas que trataron, con predilección, de las cuestiones profesionales.

Hasta bien entrado el siglo XIX existieron dos profesiones distintas: medicina y cirugía, ambas subdivididas en una serie de títulos y cargos. Socialmente, los cirujanos no eran tan considerados como los médicos, y mucho peor retribuidos que éstos. En la práctica hubo muchas ocasiones de conflictos entre ambos.

Pronto nacería el deseo de unificarlas, lo cual provocaría, por los muchos intereses creados, nuevos motivos de fricción.

Dos periódicos madrileños «Boletín de Medicina, Cirugía y Farmacia» (1834) y «Gaceta Médica» del mismo año, fueron los pioneros en intervenir y preocuparse por la situación profesional de los sanitarios.

En 1846, se creaba en el centro de España la «Confederación médica», que se proponía defender los intereses y derechos de sus asociados (médicos, farmacéuticos y cirujanos), crear una Medicina *nacional* y desarrollar un plan de protec-

ción mutua (12). En cierto modo, pretendía también una unificación interprofesional. Cataluña no simpatizó con la «Confederación».

Para propagar la «Confederación» entre nosotros, el vallisoletano Mariano González de Sámano, médico puro, publicó la revista «El Divino Vallés» (1849), y contra los propósitos de la Confederación, nuestro médico-cirujano Pons y Guimerá publicó «El interés profesional» (1849), desde cuya revista no se veía ni fácil ni simpático el propósito «unificador» de Sámano.

Fuera de Cataluña, no obstante, la «Confederación» presionó por un «arreglo de partidos», en el que los sanitarios exigían mayores emolumentos a los ayuntamientos, de modo que no pudieran despedirlos. Fruto de estas presiones fue la Ley de Sanidad de 5-IV-1854, económicamente favorabilísima para los sanitarios. Al producirse, en julio del mismo año, el alzamiento de Viválcaro, el nuevo gobierno, de tendencias liberales, escuchando a los ayuntamientos que veían en la Ley una pesada carga económica, no la ratificó. Entre los sanitarios cundió el desencanto, y los grupos rurales crearon la «Emancipación médica» (emanciparse de los ayuntamientos), que fue un movimiento que preocupó al Gobierno, el cual tuvo que promulgar una nueva Ley, la de Sanidad de 1855, en la que apenas se hablaba de la cuestión económica, y establecía

una serie de nuevos cargos y sueldos para los médicos de la ciudad (inspectores de géneros medicinales, forenses, derechos sanitarios marítimos, juntas de Sanidad), con lo que se dividió los intereses de los médicos de ciudad de los médicos rurales. «La Emancipación» perdió coraje lentamente. Entre nosotros simpatizó con la misma «La Alianza farmacéutico-médica» (1854), y sobre todo «La Alianza médica» (1855).

Otra cuestión que preocupó a nuestra prensa fue la *colegiación obligatoria*, de la que los médicos fueron siempre reacios, y en parte fueron arrastrados a la misma por los farmacéuticos, cuyo ideal era «los colegios forzosos y limitación de plazas» (13).

La primera reunión que hubo en Barcelona para hablar de la misma tuvo lugar en 1889. Simpatizaban con la misma todas las revistas farmacéuticas, la «Enciclopedia médico-farmacéutica», «Revista de enfermedades de la infancia», «La Salud», «Revista quirúrgica de las enfermedades urinarias» y «La Ciencia médico escolástica». Es decir, todo el sector vitalista-moderado de nuestra medicina.

En contra de la *colegiación obligatoria* estuvieron Giné, Rodríguez Méndez, Cardenal, Robert, Valentí Vivó. Ante la presión y las razones de estos últimos, que veían en los Colegios unos fines extraprofesionales, para reprimir, controlar y encauzar, a los gustos de una

Junta, no sólo las aspiraciones médicas sino la misma ciencia médica, el Gobierno se volvió atrás de su propósito.

La Colegiación no pudo ser obligatoria hasta 1917.

La prensa médico social

En este apartado incluimos la prensa que se propuso estudiar, paliar y arreglar las cuestiones sociales de cada momento, desde un punto de vista higiénico.

Cronológicamente la primera es «Miscelánea Médica» (1796) en la que se describe la tantas veces citada máquina para agramar cáñamos y linos, que crearon Salvá y Campillo y Santpons con el fin de: 1) ahorrar jornales, 2) dejar la obra más perfecta, y 3) conservar mejor la salud de los obreros.

Nuestra medicina liberal tuvo vivas preocupaciones sociales, y de ello es buen ejemplo «El Observador» (1850).

Pero sería nuestra medicina positivista, la que tendría una más decidida vocación por intervenir en las cuestiones sociales, a las cuales consideraba como un reflejo de una cuestión higiénica. Aunque con mentalidad burguesa, nuestros médicos positivistas pidieron que no se hicieran economías con el gasto orgánico de los obreros, hacer un reparto de beneficios entre los mismos, inspeccionar los lugares de trabajo, impedir el trabajo infantil. Como representantes de esta

actitud ideológica, podemos citar a las revistas «El escrutador de la Higiene» (1883), en torno a los problemas de la prostitución; «Gaceta Sanitaria de Barcelona» (1888); «Revista de Higiene y de Policía Sanitaria» (1890).

La prensa frenológica

La Frenología considera la existencia de un cierto número de áreas cerebrales responsables, cada una de ellas, de una función independiente, que podrían llegarse a conocer con la palpación del cráneo. El hombre enfermo no interesa al frenólogo (14) y los tratados de la doctrina afirman que no son necesarios los conocimientos de la anatomía y la fisiología para profundizar en su estudio (15). De hecho, la mayoría de los frenólogos no fueron médicos, y el fin último de la Frenología es constituir una moral cívica y racional. Constituye, en realidad, un subproducto de la ideología burguesa. En nuestra península, fue en Cataluña, más industrializada que las otras zonas, donde arreló con más fuerza la Frenología. Los frenólogos nos hablan de las cabezas privilegiadas (burguesas) y de cabezas pequeñas y poco activas (obreras) que condicionarian fatalmente sus vidas y situaciones respectivas.

Los frenólogos simplificaron la ortografía, para facilitar la instrucción a los que ocuparían los nuevos cargos que creaba la indus-

tria. Divulgaron las ideas de Malthus en Cataluña y defendieron la creación de las Cajas de Ahorro, haciendo asimismo tímidos intentos para emancipar a la mujer.

Dejando aparte las elucubraciones a que llegaron los frenólogos, los trabajos de Gall, creador de la doctrina, no fueron totalmente estériles, ya que en ellos están incipientes las modernas teorías de las localizaciones cerebrales, que estructurarían (sin hacer peligrosas deducciones anátomo - sociales), Fritsch, Hitzig, Ferrier, Munk, Goltz, Flechsig.

Dentro de la prensa frenológica nos encontramos con «El Frenológico» (1835); «El Eco de la Frenología» (1847); «La Antorcha» (1848), y la «Revista Frenológica» (1852).

La prensa homeopática

La Homeopatía fue fundada por el judío alemán Hahnemann (1755-1843), quien publicaba su obra fundamental, «Organon der Heilkunst» en 1810.

En España, se introdujo esta doctrina médico-terapéutica a través de las zonas latifundistas y gozó del apoyo de la nobleza y las altas jerarquías eclesiásticas. En la formación de esta doctrina influyen una serie de ideologías (Paracelso, sector vitalista de los iatroquímicos, vitalismo, panteísmo de Spinoza, filosofía espiritualista alemana: Fichte, Schelling, y el mes-

merismo). Los homeópatas no curan enfermedades, curan enfermos. El hombre sano llegaría a ser *hombre enfermo* por una distorsión de la fuerza vital. Hahnemann negó la posibilidad de poder llegar al conocimiento de las causas materiales de las enfermedades (16), y llegaría al conocimiento de este hombre enfermo a través de los síntomas subjetivos, valorizando sobre todo los síntomas locales, los síntomas generales (deseos y aversiones), los síntomas sexuales y menstruales, los síntomas referentes al sueño.

Según Hahnemann, un trauma psíquico, incluso una vez ya cesado, se expresa en órganos externos «por el transporte de la enfermedad interna a órganos del cuerpo menos importantes» (17).

El homeópato llegaría al conocimiento de todos estos síntomas poniendo al enfermo en la máxima laxitud física, escuchándolo sin interrumpirlo y escribiendo literalmente todo lo que va diciendo (18). Luego leería la historia clínica ante el enfermo y comenzaría el interrogatorio médico-enfermo, en el que había que evitar toda pregunta directa en la que el enfermo pudiera responder con un *sí* o un *no*; no sugerir las respuestas y no colocar al paciente entre dos disyuntivas (19). Todo lo cual llevaría al principio fundamental homeopático de la *individualización patológica*.

En cuanto a las enfermedades

crónicas, Hahnemann (20) las atribuye todas a tras *miasmas*: Psora, Sífilis y Sicosis. La primera, que sería como una *diatesis*, es la más importante, y habría que interpretarla como una afección intergeneracional y racial. Lo que en cierto modo sería una representación del «pecado original» que facilitaría a la *sífilis* y *sicosis* su acción nefasta sobre los hombres (21).

Respecto a la terapéutica, los homeópatas aconsejan dar los medicamentos desmenuzados o diluidos (desprovistos de la materia), con lo que pasarían al estado de *fluido*, es decir, *potencializados* o *dinamizados* (22).

El agente terapéutico homeopático tendría que producir los mismos sufrimientos (no las mismas enfermedades) que presenta el hombre enfermo. Por la *selección natural* (23) vencería a la potencia morbosa natural, ya que a los sufrimientos que ésta producía les sucederían otros más fuertes, ocasionados por el medicamento. La fuerza vital sucumbe bajo la acción de la primera, pero puede vencer a la segunda, con lo que se recupera la salud. O sea, que para Hahnemann, existirían dos acciones o fuerzas. La primera fuerza dinámica sería *hostil*, extraña al organismo, que ataca al *principio vital*, ataque que determina la perturbación de éste (en el hombre enfermo). Esta fuerza sería desconocida (inconsciente). La segunda fuerza dinámica, la vehiculada

al medicamento, que sustituiría, desplazaría o sublimaría con un sufrimiento esperado (consciente) las perturbaciones que presenta el hombre enfermo.

En Cataluña, el grupo de prensa homeopática se ve representado por gran número de revistas, siendo la primera de ellas en orden cronológico de «Revista de la Doctrina Homeopática» (1850), siguiendo entre otras: «Archivos de la Medicina homeopática» (1877); «Revista homeopática catalana» (1883); «El Consultor Homeopático» (1887); «Revista Homeopática» (1890).

La prensa dosimétrica

La Dosimetría o «medida de las dosis» medicamentosas, fue fundada por Burggraevae.

También es conocida con el nombre de *alcaloidoterapia*, porque afirmaba administrar los medicamentos, sólo en sus principios activos (alcaloides y glucósidos), en forma de *gránulos*.

En la terapéutica, los dosímetros distinguen dos variantes:

- 1) La *dominante*. Contra la causa de la enfermedad. Poco importante.
- 2) La *variante*. Contra los síntomas. Es la forma fundamental de la terapéutica dosimétrica.

La primera forma es lo que la distingue de la homeópata, pues, en cierto modo, la Dosimetría deriva de la Homeopatía (mate-

ria alopática y forma homeopática) (24).

En la prensa dosimétrica señalamos a «La Salud» (1889), de Soler y Roig; «La Dosimetría» (1895); «La Medicina científica en España» (1897), de Riera Villaret.

La prensa médico católica

Constituye este grupo aquella prensa que, extremando su celo religioso, pugnó con el extremismo médico-positivista catalán. El materialismo, a lo largo del siglo XIX, hizo estragos entre los médicos. «Es muy común, hace tiempo, llamar materialistas a los médicos» (25), se decía en 1850. Y con anterioridad, Félix Janer en sus «Elementos de Moral Médica» (1832) aconsejaba impugnar la acusación de ateos que pesaba sobre ellos, extremando el sentimiento religioso.

Poco antes de la Revolución de 1868 se escribía: «No es prudente ni higiénico que el médico sea el pregonero del materialismo» (26).

Después de la revolución de 1868 los médicos fueron acusados de ser portadores de una ciencia que era considerada como enemiga de las verdades religiosas.

Se cerraron filas contra ellos y se les hizo una oposición física, impidiendo que ejercieran en determinados pueblos. «Los pueblos rehúsan a los médicos que han hecho sus estudios después de la Revolución» (26). Y muchos pue-

blos anunciaban sus vacantes para otorgarlas a los médicos con título expedido con anterioridad al 29-IX-1868 (28). Luego se agruparían los médicos de exacerbado catolicismo y harían una oposición ideológica al materialismo médico, así como al panteísmo, darwismo, espiritismo.

Para ellos, Santo Tomás era «el Sol que desvanece las tinieblas del error, maestro de las escuelas que, desarrollando con luminoso criterio la verdad que Hipócrates presintiera, dio a la Medicina base inquebrantable...» (29). ...«y esperanza de la verdadera restauración científica» (30). «Sin Fe cristiana y sin la gracia de Dios, es imposible ejercer la Medicina» (31). «El sobrenaturalismo facilita a la ciencia la investigación de la verdad y dificulta la admisión del error» (32). «En todas las ciencias debe rechazarse el naturalismo como causa de retroceso, y debe considerarse el sobrenaturalismo como fuente de vida y de desarrollo» (33). «Los médicos tienen pruebas particulares de la inmortalidad del alma» (34). Con todo ello se transformaba a una medicina empírica en dogmática.

Este grupo de médicos revitalizó la Cofradía de los Santos Cosme y Damián y la fiesta anual en honor de dichos Santos, que según un periódico de la época «...ejercieron, parece, la medicina en tiempo de los amuletos, prácticas superstitiosas y emblemas misterio-

sos, llamados encantos o encantamientos...» (35).

Como representantes de la prensa médico-católica, consideramos a «El Sentido Católico de las ciencias médicas» (1879); «La Ciencia médico-escolástica» (1889), y «El Criterio Católico de las ciencias médicas» (1898).

La prensa médico naturista

El Naturismo, que es un «principio filosófico-social más que práctica terapéutica o higiénica» (36), es muy antiguo, pero su sistematización doctrinaria se hizo en el siglo XIX.

Intimamente vinculado con el naturismo está el vegetarianismo. Paralelamente a los acontecimientos político-sociales de 1848, se creó en las zonas industriales de Manchester la primera sociedad vegetariana.

Como sea que en los vegetales existen proteínas, el naturismo intenta que se sustituyan con éstas las proteínas de origen animal. Entonces las clases menesterosas no necesitarían adquirir carne, que siempre ha sido de precio elevado. El poder adquisitivo del salario obrero quedaría notablemente aumentado, evitando a los trabajadores los gastos que ocasionan la adquisición de la carne, el tabaco y el alcohol, y así con el naturismo «se resolvería una gran parte de la cuestión económica, factor de tantas anomalías sociales» (37), y

aseguran que «hay posible solución del problema social por el vegetarianismo» (38).

Consideraban que el ayuno tenía un valor «económico y social» (39) y aconsejaban practicarlo sobre todo en los meses de invierno, que es cuando «escasean más las frutas, verduras y legumbres tiernas» (40).

Fueron partidarios del control de la natalidad, aconsejando que sólo los sanos tuvieran derecho a reproducirse (41). El Naturismo se proponía como finalidad el «regenerar a la Raza», y consideraban lógico que el «odiar a los imbéciles enfermos, que para nada bueno sirven en la vida, es hacer *justicia de salud*, porque ellos, al verse amados y respetados, tanto les da estar sanos como enfermos... Propongamos la verdad desnuda. La enfermedad como delito social y de Raza!» (42).

Fueron enemigos de la vacunación antivariólica porque hacía una «selección médica» que entraría en conflicto con la «selección natural», aumentando la carga económica de los pobres al disminuir la mortalidad infantil.

La primera revista naturista de Cataluña fue «La Salud» (1877), de Letamendi, desde donde predicaba a sus lectores «la comida moderada... y continua ocupación». Letamendi en su «Gimnástica cristiana» veía la regeneración física y espiritual de los obreros en la creación de una serie de centros donde

pudieran practicar la gimnasia. Colaboró en esta revista Gaspar Sentión, políglota y anarquista, considerado como médico, sin serlo, porque traducía trabajos para diversas revistas médicas donde firmaba como *doctor*. Otra revista naturista es «El Curandero por la Medicina Natural» (1888).

La prensa farmacéutica

En un principio fueron numerosas las revistas que se autoconsideraban «médico-farmacéuticas» para, poco a poco, ir independizándose y formándose las revistas exclusivamente farmacéuticas.

El «*primum movens*» de la prensa farmacéutica en el siglo XIX es justificar la profesión. No es que desdeñen los trabajos científicos, pero las cuestiones profesionales les son tan absorbentes, que dedica a ellas sus más constantes preocupaciones. Las innovaciones científicas van a remolque, e incluso, en diversas ocasiones, son observadas con más o menos disimulo como una verdadera contrariedad. Así por ejemplo «La Botica» (1852), la primera revista exclusivamente farmacéutica que se publicó en Cataluña, consideraba como causas de la decadencia de la farmacia a los adelantos de la química, de la industria, de la higiene, de la terapéutica, de la medicina doméstica, de la civilización.

La profesión tiene un sentimiento clasista acusado, y constante-

mente nos hablan de la *decadencia*, de los *intrusos*, de la *clase*, de los *derechos* de la farmacia. Sus *derechos* los introdujeron como una cuña entre el médico y el paciente, entre el químico y el droguero, entre el gobierno y los gobernados. Políticamente, fueron siempre partidarios, en su mayoría, por los regímenes fuertes. En el siglo XIX la profesión farmacéutica es uno de los termómetros más sensibles para conocer la situación político-social del país, y era síntoma inequívoco de liberalización política cuando se potenciaba su monótona cantinela de la «decadencia, intrusos, clase, derechos» de la farmacia.

Deseaban que sólo los hijos de los farmacéuticos entraran en la profesión (43), y para resolver sus problemas eran partidarios de limitar las plazas, de la colegiación, de suprimir Universidades y aumentar las asignaturas en la carrera (44). Para evitar la competencia de los drogueros, entre otras cosas pidieron que se hiciesen las recetas médicas en latín (45).

Los farmacéuticos, en el siglo XIX ejercían libres, con igualas o con contratos con el Ayuntamiento.

En las igualas no entraban el sulfato de quinina ni otros medicamentos caros (46), ni los medicamentos antisifilíticos, «porque la sífilis es una enfermedad buscada» (47), ni los específicos (48). De ahí la proliferación de estos últimos. Teóricamente el específi-

co era el medicamento de fórmula desconocida, y la especialidad el medicamento de fórmula conocida. En la práctica no era tan clara esta distinción. La distinción consistía en que «e' específico se vendía sólo en el barrio o población del farmacéutico, y la especialidad (de más ardua preparación) traspasaba estas fronteras» (49).

Y además, con el específico era mayor el lucro. De ahí que muchos farmacéuticos fueron enemigos de la especialidad (50), y el 15-XI-1897, en el Colegio de Farmacéuticos de Barcelona, después de una acalorada discusión, se puso a votación la pregunta: «¿Las especialidades farmacéuticas son perjudiciales al ejercicio de la Farmacia?», con la que quedaron desautorizadas las especialidades, una vez hecho el escrutinio.

Más tarde rectificarían.

Entre las revistas farmacéuticas citemos a «El Restaurador Farmacéutico» (1871) (iniciada en Madrid por Calvo Ásensio el año 1844); «El Consejero de los enfermos de Barcelona» (1864), que es la primera revista gratuita; «El Laboratorio» (1880); «La Verdad farmacéutica» (1885), y otras muchas más.

* * *

Esta fue, a grandes rasgos, la evolución ideológica de nuestra prensa médica en el siglo XIX.

En ella existieron una serie de líneas ideológicas que podríamos resumir en dos: la que sigue una pauta trazada «a priori» y la que estructura su pensamiento «a posteriori», de los hechos.

Nuestro momento estelar científico-médico, que coincidió con la medicina positivista, y sobre todo con la noucentista, su directa heredera, dio la razón a los segundos.

Discusión. — El prof. M. Usandizaga subraya la importancia — a cualquier efecto — de esta aportación histórica. — El doctor A. Cardoner Planas glosa muchos de los antecedentes señalados. — Y el doctor P. Domingo (Presidente) se congratula del mayor interés que, entre los jóvenes, despiertan los buenos estudios críticos de la historia médica vernácula.

BIBLIOGRAFIA

1. LAIGNEL - LAVASTINE y LÉVY - VALENSI: «Histoire de la presse médicale française aux XVIII^e et XIX^e siècles». Paris, 1936.
2. «La Independencia Médica». 1-I-1876.
3. «Ilustració Catalana» del 30-XII-1882.
4. «La Crónica de Cataluña» del 21-I-1880.
5. «Gaceta Médica Catalana», pág. 129, 1903.
6. «Ilustració Catalana» del 30-V-1882.
7. «Independencia Médica» del 11-II-1882 y pág. 335, 1882, de «Gaceta Médica Catalana».
8. «Independencia Médica» del 1-V-1882 y 21-X-1882.
9. «Independencia Médica» del 11-VI-1874.
10. Acta de inauguración del Instituto Médico de Barcelona, pág. 10.
11. «Gaceta Médica Catalana», pág. 102, 1896.
12. «El Divino Vallés», n.º 36, 1849.
13. El Restaurador Farmacéutico del 15-I-1889.
14. CUBI: «Manual de Frenología», pág. 17, Barcelona, 1843.
15. CUBI: «Manual de Frenología» pág. 7, Barcelona, 1843.
16. HAHNEMANN: «Organon», pág. 83, 2.ª edic. Barcelona, 1846.
17. HAHNEMANN: Ob. cit., pág. 165.
18. Id., id., pág. 122.
19. N.º 33-1935 «El Sol de Meissen» (Barcelona) y HAHNEMANN, pág. 122 ob. cit.
20. HAHNEMANN: Ob. cit., pág. 116.
21. KENT: «Filosofía homeopática», página 172 Madrid, 1926.
22. «El Criterio Médico», pág. 254, Madrid, 1865.
23. «Revista Homeopática», junio 1892. Barcelona.
24. «La Independencia Médica», 1-VI-1883.
25. «El Observador», 10-VII-1850. Barcelona.
26. «Archivos de la Medicina española», 15-V-1868.
27. «La Independencia Médica», 1-VII-1872.
28. «El sentido Católico de las Ciencias Médicas», núm. 20, t. IX.
29. Idem, núm. 9, tomo VI.
30. Idem, núm. 10, tomo IX.
31. Idem, núm. 37, tomo I.
32. Idem, núm. 35, tomo I.
33. Idem, núm. 2, tomo II.
34. Idem, núm. 12, tomo VII.
35. «Boletín del Colegio de Farmacéuticos de Barcelona», pág. 309, 1879.
36. «Naturismo», pág. 90, 1921. Barcelona.
37. «Naturismo», pág. 31, 1926. Barcelona.
38. «Pentalfa», junio 1928. Barcelona.
39. «Salud y Vida», oct. 1935. Barcelona.
40. «Salud y Vida», pág. 93, 1935.
41. «Pentalfa». 11-XII-1926.
42. Idem.
43. «El Restaurador Farmacéutico», página 81, 1879. Barcelona.
44. Idem, pág. 291, 1879.
45. Idem, pág. 225, 1875.
46. Idem, enero 1881.
47. Idem, 30-IV-1881.
48. «Boletín farmacéutico», enero 1897. Barcelona.
49. «El Restaurador Farmacéutico», 15-IX-1894.
50. Idem, idem.